La lámpara encendida

Si un muchacho joven, de unos veintitrés años, está tendido en el suelo en una esquina de una calle apartada, gimiendo, porque está luchando con un gas mortífero que ha esparcido por la ciudad una bomba aérea, y jadea, con los ojos fuera de las órbitas, tiene un sabor repugnante en

glorificar la guerra, a defenderla a medias y a censurar a los que querían calificar la guerra de carnicería infamante; y porque a tu madre le gustaba la guerra, de la que sólo conocía las banderas, toda una industria se mostró dispuesta a complacerla y muchos de los que hacen libros también colaboraron. No, los del hipódromo no; los de la literatura. Y los editores

lo editaban. Y los libreros lo vendían.

Y uno había dispuesto precisamente esta lámpara de tenue luz en su escaparate tan bien decorado; allí estaban los libros que anunciaban las alabanzas de matar, el himno al asesinato, los salmos de las granadas de gas. Por eso, muchacho.

Antes de que experimentes la última con-

Estimado amigo:

Teniendo conocimiento de que la funcionaria de correos, la señorita Émilie Dupont, abre constantemente y lee nuestras cartas, porque la curiosidad la devora, te envío adjunta a esta carta una pulga viva, para impedir que continúe haciéndolo.

Con mis cordiales saludos,

Conde Kocs

Y cerró esta carta en presencia del agente ejecutivo. Pero no puso ninguna pulga.

Cuando llegó la carta, había una dentro.

contentado —por favor, no te muera aún, todavía quisiera explicártelo rápidamente, de todas maneras ya no puedo hacer nada por ti—, se habían contentado, en el mejor de los casos, con soltar una protesta moderada contra la guerra en general; pero nunca contra la que su supuesta patria había hecho, está haciendo y hará. Les habían envenenado con el senti-

miento nacionalista en la escuela y en la iglesia y, lo que aún era más importante, en el cine, en las universidades y con la prensa, les habían envenenado tanto como lo estás tú ahora: sin esperanza. No veían nada más. Creían sinceramente en esta estúpida religión de las patrias y o no sabían nada de cómo se estaba armando su propio país —en secreto

Impreso en Bogotá

La pulga

En el Département du Gard —exacto, allí donde están Nimes y el Pont du Gard: al sur de Francia— había una funcionaria en una oficina de correos, una señorita de una cier-

ta edad, que tenía una mala costumbre: abría un poco las cartas y las leía. Eso lo sabía todo el mundo. Pero así son las cosas en Francia: los conserjes, los servicios de teléfonos y correos son instituciones sagradas de las que se podría hablar pero de las que no se puede hablar y de las que por tanto nadie habla.

Así, pues, la señorita iba leyendo las cartas y

con sus indiscreciones causó más de un disgusto a la gente.

En el Département, en un bonito palacio, vivía un conde listo. Los condes son listos, a veces, en Francia. Y este conde un día hizo lo siguiente.

Solicitó a un agente ejecutivo que le visitara en su palacio y en su presencia escribió a un amigo:

la boca, le punzan los pulmones como si tuviera que respirar bajo el agua...: entonces este muchacho joven, con una mirada desesperada por encima de las casas, hacia el cielo, preguntará: «¿Por qué...?».

Porque, muchacho, en una librería, por ejemplo, había una lámpara verde encendida. Su tenue luz iluminaba, muchacho, un montón de libros de guerra que

estaban expuestos; el primer dependiente los había adornado con unos paños alrededor de la lámpara y la librería había ganado el primer premio por este escaparate tan elegante como patriótico.

Porque, muchacho, ni tus padres ni tus abuelos habían hecho lo más mínimo para salirse de esta inmundicia bélica y de obcecación nacionalista. Se habían

o abiertamente, según las circunstancias— o lo sabían y lo encontraban muy bonito. Muy bonito lo encontraban. Por eso estás tú ahora tendido aquí muchacho.

¿Qué estás balbuceando? ¿«Madre»? No, hombre, no. Tu madre fue primero mujer y después madre, y porque era mujer, le gustaban los guerreros y los asesinos a sueldo del Estado y las banderas y la música

y el teniente delgado y esbelto. No grites tanto; así fue eso. Y porque ella le amaba, odiaba a todos los que le querían perturbar la alegría de su deseo. Y porque eso le gustaba y porque no hay éxito público sin mujeres, se apresuraron los colaboradores de los periódicos liberales, que eran demasiado cobardes incluso para dar un bofetón a su portero, se apresuraron, digo, a

vulsión, muchacho:

Todavía no se ha intentado nunca luchar seriamente contra la guerra. Todavía no se ha impedido nunca hacer propaganda de la guerra en todas las escuelas y en todas las iglesias, en todos los cines y en todos los periódicos. Por eso no se puede saber qué aspecto tendría una generación que hubiera crecido en una atmósfera de un pacifismo

sano y luchador, pero antibelicista. Eso no se sabe. Sólo se conoce a la juventud incitada por el Estado. Tú eres su fruto; tú eres uno de ellos... así como tu asesino volador ha sido uno de ellos.

¿Quieres que te ponga alguna cosa blanda bajo la cabeza? Oh, ya te has muerto. Descansa en paz. Es la única que te han dejado.